

SOBSEL

AST de PAIN



Image not found.

Capítulo 1

No se regala el amor. No se somete a prisas el cariño. El deseo debe alimentar la mente con paulatino regocijo, invadiendo los poros de la piel, penetrando capa a capa hasta el alma, notando como cruza cada una de las puertas de la dermis, hasta invadir las células más reacias a ser poseídas. Iniciando un juego excelso de placer y lujuria, donde ellas son las figuras centrales de la obra, elevadas a divas, capaces de subyugar al más frío de los mortales, dejando sin palabras, ni hálito de aliento, tras amar y ser amado o amada. Mientras se suda, como si se fuese a entregar la esencia, en el cuerpo a cuerpo, en un lecho como campo de batalla.

Cuerpos que se funden en semejanza a una trenza, sin poder explicarse, ni definir su forma, más allá del frenesí.

Locura que se enfrenta a luchas varias no descritas en ningún manual que se precie.

Imaginaciones que se materializan más allá de lo que a simple vista se creería posible.

Cuerpo a cuerpo, beso a beso, lengua a lengua, copa de saliva a copa de saliva, piel a piel, pecho a pecho, pubis a pubis, recorridos con las manos, con cada uno de los dedos en mil formas colocados. Juguetones en sus posiciones e intenciones.

Dedos que se introducían por vericuetos ocultos tabú para los mortales, capaces de hacer sentir sus jugosas paredes sensaciones que se tornan en placeres sublimes otorgantes de gracias que dan pasaporte a la felicidad y la vida en sí.

¡Son sueños que se realizan!. Horizontes que se conquistan y como siempre, creíamos que nunca serían nuestros.

Rozamos, surcamos los carnosos senos, mano contra ellos, los acarician, arrastrándolos a las frívolas bocas, jugosas y cálidas. Los succiona, al tiempo que la otra amante se concentra en los punzantes pezones de su partener, duros, erguidos y tan rojos como dos fresones a punto de reventar. Sus caras eran de gozo, sus mejillas rubicundas y calientes cercanas a febriles. El sudor empezaba a pelar sus frentes. Sus corazones desbocados serían capaces de cometer cualquier locura por la pasión y el frenesí. Ellas continuaban imbuidas en su círculo, jugando e intentando, a cada poco, asaltar el monte de Venus, con fuerza, ahínco iendoles la vida en ello. La coronación de la cima, marcaría la plenitud de su éxtasis, el paradigma de ese momento. Se mirarán, fundiendo, sus

miradas en un único ser, sin querer saber nada más del mundo que les rodea, sin importarles lo más mínimo el mundo y sus cotidianidades.

“Acabar”, es empezar a vivir, darse en lo más abundante del existir o quizás desde según qué paradigma todo lo contrario. “Acabar”, significó iniciar un abrazo de dos desnudos cuerpos, en el inicio de un sosiego que marca el comienzo de una actividad mucho más ardua: el caminar en lo cotidiano.

-¿Qué te apetece?- Preguntó Sara a Enma, acariciándole la mejilla.

-Seguir así- contestó Emma sonriendo.

-En las películas es la hora de una copa. En los films se pasan la vida bebiendo.

-Pero nosotras no bebemos- volvió a contestar Enma. Sonaron carcajadas, se abrazaron.

La vida a veces se convierte en una extraña película cuyas fotogramas casi siempre superan la ficción. Pasan rápidas las imágenes del celuloide sobre la gris sonrosada materia de los cerebros, dibujando murales abstractos que cimientan las impresiones que poco a poco darán motivo y justificación a nuestras acciones.

-Me visto y comemos un helado.- propuso Sara incorporándose- lo podemos tomar en el patio.

-¿Por qué no lo tomamos desnudas...?- propuso picarona Enma, agarrando del antebrazo a la altura del codo a Sara. .

Sara la miró, irguiendo la cabeza sin levantarse, mientras se alejaba, concentrándose en el suave balanceo de sus glúteos en dirección a la cocina. ¿Existe algo más hermoso que un cuerpo desnudo tras haber amado? Sus líneas, sus formas, sus contornos, el vaivén de sus miembros... Tardaba en volver. Sara, empezó a impacientarse. Fue en busca de Emma, caminó lento, descalza, saboreando frescas baldosas en blanco y negro, jugando sobre ellas, a tatutos, como si se iba figura, un alfil, de un tablero de ajedrez se tratara. Al entrar en la cocina la halló sentada sobre el fregadero, en cueros aún, con las piernas abiertas, lamiendo, con gracia y sinuosidad, un cono de helado de nata y fresa. La miró interrogante, mordiendo levemente los carnosos labios. Pasito a pasito se le acercó. Posó sus labios sobre el helado de ella, lo mordió sin apartarle la mirada. El cucurucho de helado cayó al fregadero, abriéndose paso entre las piernas de Emma. Se besaron, un beso profundo, en el que se fusionaron lenguas y pasiones. Sara tumbó a Emma sobre el negro mármol habido junto al fregadero recorriendo todo el cuerpo de su amada con la boca hasta llegar al cálido pubis que se abría como una caja de

preciadas sorpresas y desde allí le leyó los labios... . Los jadeos de Emma proyectaban un denso vaho que cubrió los cristales de la ventana habida sobre el fregadero, un vaho denso, espeso que se deslizaba en gordos goterones despejando la visión a los vecinos que desde sus cocinas, ventanas y galerías del patio de luces del edificio, habían tomado posesión preferente en un improvisado teatro, gozando en silencio, sin rechistar, con sus mentes absortas en la escena.

!El destino! ¿Podemos uir de lo que nos espera? Las miradas de los vecinos, babeantes y de alguna mujer que otra, eran indicios de sus voluntades, aunque muchos, la mayoría, tan sólo llegarían a satisfacerlas en la soledad de sus hogares, en sus baños, bajo el chorro de agua de una humeante o fría ducha o sobre la sucia taza de un descascarillado retrete, por miedo, por temor, por el que dirán.

!La verdad va por libre!, !La curiosidad es una mortífera arma

-Tenemos admiradores - exclamó totalmente sorprendida Emma. Sara no se inmutó. - Nos están mirando, está asomado casi todo el edificio.

-iMejor! Así ponen un poco de sal a sus insulsas vidas.iY que no se quejen, que no les vamos a cobrar! Obsequio de la casa...-bromeó Data.

iNos traerá problemas!-advirtió Emma poniéndose en pie.

-iQue se atrevan!- amenazó sarcástica Sara.

Sus cuerpos se separaron. Una va a la ducha, la otra se sienta pensativa. Hablan pero el intenso chorro del agua y la mampara de la ducha cortan el sonido. El vapor lo cubre todo. Los humores descienden. La noche llega. Dormirán, compartirán la misma cama pero separadas, sin abrazo de por medio. Espalda, arqueada, en posición fetal, contra espalda.

Sara, cambiará su postura a mitad de la noche, ladeandose hasta colocarse boca abajo.

Emma, continuará en la misma posición. En la relajación del sueño los cuerpos hablan.

La oscuridad les cubría, abrazandolas, silenciosa y cómplice.

Los despertares en verano siempre son más raudos, al menos en lo que toca al salto de la cama. El calor invita a muchos actos que el frío impide.

Las amantes se separan tras un beso en las mejillas, en el portal. Salen a la calle dirigiendo sus pasos en contrarios sentidos con la disimulada atención de las vecinas desde los balcones, tras los visillos y la atenta

mirada de los hombres desde los mostradores de .

Caminos diferentes, trabajos distintos en opuestos puntos de una misma ciudad.

Nada hay en sus labores que las identifique como iguales. Todo difiere en sus actividades.

Quizás aquello de que polos opuestos se atraen sea cierto. Cada una comparte trabajo con multitud de gentes dispares, enjambres poblados por centenares de laboriosas personas brindandoles un casi asegurado anonimato.

Esas diferencias de la vida en la labor y lejanía de las mismas cooperan en cierta forma a unir los lazos de las relaciones personales y sentimentales donde lo plural y diverso enriquecía el plano diario de la convivencia.

Sus cuerpos estaban separados durante las ocho horas de labor, aunque sus mentes no dejan de pensarse, vivirse y sentirse juntas hasta el paroxismo de notar el tacto de sus pieles. La una y la otra se ven juntas percibiendo el aroma de sus cuerpos y sus sexos, elevando sus instintos al motor para acelerar la superación de las vivencias obligadas y no voluntarias, llevandoles, con prontitud, la una a brazos de la otra, queriendo, amando, anhelando el encuentro, la comunión entre sus dermis, al tiempo todo que sus psiquis les hacen vivenciar, en imágenes desde la distancia, escenas amorosas muy hondas: la una contra la otra, entrando en las entrañas contrarias, con sus extremidades, sus manos, sus dedos, sus bocas y sus lenguas: gozoi Tan intenso es el deseo que se materializa viendo visiones que atraviesan paredes apareciendo y esfumándose en décimas de segundo sin que nadie más que ellas perciba la presencia de la otra. ¡El deseo es una poderosa arma inexplorada! Viven o eso creen escenas tórridas sobre mesas sin que ninguno de los objetos habidos sobre ellas les moleste. Sus compañeros son partícipes de escenas holográficas no percibidas por la baja intensidad de sus frecuencias mentales.

Nos vendieron nuestros mayores que el trabajo enriquece el alma, lo cierto, unico y verdadero, que eleva eso que es llamado espíritu, es el gusto de lo placentero, la única realidad que nos eleva y nos hace vivir experiencias enriquecedoras y a la vez nos hace ser libres y caminar en calma. Se deduce que esos mayores no perseguían ser felices, sino más bien dejarse dominar por poderes fácticos que les hacían creer en el sufrimiento y la pena. ¿Serían así, a través del miedo, más manejables Los cuerpos sin nada,de la inmensa mayoría, son marionetas con entrañas de trapo que fingen sentir y se dejan guiar en un camino,del día a día, por hilos, las esencias de los iniciados en el arte del vivir y el ser.

¿Emma y Sara serían iniciadas o marionetas?. Ellas tenían la creencia de ser conocedoras y poseedores de la verdadera esencia. En la vida se creen muchas cosas. A veces nos ofuscamos, una catarata cubre nuestra visión, haciéndonos partícipes de la creencia de que pertenecemos a los poseedores del soplo de la vida, aunque en realidad nuestra creencia constituya un mero sofisma, un espejismo fugaz de la realidad.

Sigue el transcurso de eso tan abstracto a lo que llamamos tiempo, materializado en los diminutos pasos de los engranajes de un reloj.

¡La luz varía en su posición! Los influjos luminosos inducen a cambiar de planos en su actividad, llevándoles de la mano hacia posiciones que abren posibilidades a vivencias más gratas en la compañía real, en el estricto sentido a la ubicación, en un idéntico punto.

¡Lo importante es amar! o.

Emma y Sara inician una carrera de obstáculos cuya meta será el abrazo de las amantes.

¿Durará hasta la eternidad esa intensidad en el amor? ¡El amor que curiosa criatura! ¡Nos encumbra y nos derriba en un instante sin piedad! Emma y Sara, sin poder evitarlo, se besan en su encuentro, en la calle, en el portal de su edificio, siendo vistas por todos y sin que ellas vean a ningún ser vivo, viven en su plano, en su esfera única y exclusiva.

Los murmullos y ojos, en el fondo, envidiosos de la libertad ajena, se miran entre sí, manifestando comentarios críticos y de bajeza moral, mientras en realidad, en sus pensamientos y su psiquis, son elementos que, a puerta cerrada y sin consentir que trascienda, admiran su "atrevimiento".

Así es la vida del ser humano: por un lado lapidamos a nuestros congéneres y por otro, en lo más hondo de nuestro intelecto, profesamos una admiración, cubierta de envidia.

Suben escaleras a duras penas, entre juegos y cómplices arrumacos. Les cuesta llegar y cruzar el umbral de la puerta de su piso mientras las vecinas las espiaban a través de sus mirillas, protegidas, tras sus puertas, envidiosas, y los vecinos las observan agazapados mientras se tocan un poco. A duras penas consiguen, con un empujón, cerrar el acceso a su casa. ¡No esperan más! . Al llegar a la mitad del pasillo se quitan las ropas con avidez y se lanzan la una sobre la otra y las dos sobre el más o menos impoluto suelo. Lo demás podemos imaginarlo. Cada mente, en su prodigio, le otorgará mayor o menor intensidad siendo en mayor o menor medida más o menos generoso en la consumación de los juegos amorosos de las dos mujeres.

Las paredes intentaban oír. Algún jadeo se les escapaba, jadeo que complacía al vecindario en su curiosidad. El silencio era casi sepulcral, conchabándose para poder percibir así, hasta el más leve de los roces.

El ansía del vecindario y la curiosidad morbosa, que era la dueña de sus insulsas vidas, les hacía intentar fusionarse con las paredes de sus hogares, apretando las orejas para adentrarse en las intimidades de quienes viven cómo sienten sin tener, por vestiduras la hipocresía, amando siempre como son. Jamás tendrá vida propia quien se viste con la envidia.

¡Que curioso y poco oportuno traje! Los cuerpos materiales no pueden traspasar las paredes pero tanto empeño pone el ávido vecindario que sus espectros, figuras aterradoras, atraviesan tabiques exhibiendo sus puntiagudas garras, rodeando, en círculo perfecto, a las dos amantes. Emma y Sara, tan sólo perciben un ínfimo cuchicheo, que a sus oídos se antoja como un leve y agudo silbido. A las extrañas figuras invasoras les agradaría participar de los juegos de las dos mujeres, tocarlas, acariciarlas, tocar sus clítoris, poseerlas y hacer suyo su placer. Más al no poder lograrlo tan sólo consiguen un regocijo amargo que no hace sino incrementar su malestar y animadversión. Gemía el vecindario, como almas en pena, al no lograr sus objetivos, torturados eran por no cumplir sus propósitos. Nadie les hacía caso, se potenciaban entre sí.

¡Estaban solos! Deberíamos saber mirar y ver, nos daríamos cuenta que los malévolos, no tienen fuerzas, que están solos en sus malévolas actuaciones, que no tienen más que sus pobres ironías y sarcasmos, indicativos de su pobreza intelectual y poco calor, que en el fondo viven en el pánico y llenos de perjuicios. Solitarios.

La luz da lugar al crepúsculo y con él entra en juego la oscilación de las sombras, otorgando misterio y enigma a las calles y plazas y a los ángulos de las casas.

El largo pasillo de la casa de Emma y Sara coqueteaba con la ambigüedad de la luz y la oscuridad.

Poco a poco las sombras y los grises se habían apoderado de la escena llevando a las amantes al retiro y al descanso, quienes, una con un libro entre las manos, viendo sin ver, la otra, la televisión, yacían, en el viejo y casi maltrecho sofá habido en el salón.

¡Las envidiosas dormían! Más dormir no siempre es garantía de paz. Si los problemas no se subsanan el sueño no repara.

Los relojes avanzan con mayor rapidez de la sospechada. ¡Es importante por ese hecho aprovechar el presente! Entre la silenciosa y oscura noche y en alas del subconsciente, los hipócritas envidiosos, preparan, en solitario,

pero conectados por la maldad, su alegato envenenado. Continuarán atosigando de soslayo e intentando crear un ideario de desahucio y destierro de aquellas a quienes creen distintas a ellos.

¡Ellas, las amantes, lo saben! Planean amargar la existencia de quienes intentan vivir su día a día siendo tal como son y amando sin cortapisas.

Convocaron los vecinos una reunión de comunidad en la que plasmar normas y dictámenes contenedores, envenenados, hacia la libertad.

¡Ellas sabían! Sabían las amantes que en realidad buscaban el momento en que el amordazar su expresión.

Bebieron, las amantes, paciencia en una copa de fino cristal y colores. Con ardorosa paciencia tejieron una tela hecha de finos hilos entrelazados, dibujando con cautela, cuadrículadas figuras, mapa de símbolos, lenguaje iniciático que les guiase en un destino más que merecido.

Se reúnen, los vecinos, en una sala destartalada, habida en los bajos del edificio, con tuberías polvorientas en sus rincones y viejos contadores de no se sabía que.

Las intenciones son claras, se intuye en sus abyectas miradas.

Hablan entre ellos con tono ronco y tajante. Sus intenciones son poco claras.

Cuando la reunión se inicia y los tonos ascienden hasta los improprios, calumnias y amenazas las puertas se cierran a cal y canto. Se abren las tuberías, esas medio olvidadas y condenadas, iniciándose la inundación del encementado suelo. La sorpresa se apodera de los rostros de los vecinos. Intentan salir, dirigiéndose a la puerta, más no logran abrirlas.

El miedo se adueña de ellos. El agua asciende, les cubre las rodillas.

Arriba, en su piso, las amantes, se aman. Agitan los brazos, se besan. En el instante en que sus labios se unen, las puertas de la sala en la que permanecían los asustados vecinos, se abren, apareciendo una aproximada veintena de brillantes, relucientes y húmedos batracios.

Unos metros más arriba, las amantes, gozan y sonríen.